

## HUGO CARDONA AGUDELO

*Economista, Especialista en Economía del Sector Público; realiza estudios para Magíster en Estudios Políticos en la Escuela de Ciencias Políticas de la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor Asociado de la UPB.  
hugo.cardonaa@upb.edu.co*

### **Resumen**

*El siguiente artículo se plantea para diversos ámbitos de la práctica social, desarrollando un modo más complejo de pensar la experiencia humana, partiendo del encanto que conlleva el conocimiento con el asombro ante el misterio, es decir, de lo real a lo imaginario que son características del hombre contemporáneo.*

### **Palabras clave:**

*conocimiento, Ciencias Sociales, desarrollo, E. Morin.*

### **Abstract**

*The following article considers for diverse scopes of the social practice, developing a more complex way to think the human experience, starting off of the enchantment that entails the knowledge with the astonishment before the mystery, that is to say, of the real thing to the imaginary thing that they are characteristic of the contemporary man.*

### **Key words:**

*knowledge, Social Sciences, development, E. Morin.*

## EL PROBLEMA DE LA INVESTIGACIÓN EN LAS CIENCIAS SOCIALES, UNA APROXIMACIÓN DESDE MORIN

### Introducción

El problema del conocimiento en la obra de Edgar Morin, es sin duda una aventura académica, a partir de una asociación entre lo intelectual que evoca a la razón, al orden, a lo científico y estructurado, lo sesudo y alejado del riesgo, frente a la auto creación que se opone al pasado, respondiendo al libre juego que resiste la asfixia impuesta por las reglas, desde lo impulsivo y espontáneo, de lo impredecible. Esta síntesis fértil, tensa pero creativa, de esos términos es, no solamente un hilo conductor de la ya monumental obra teórica de Edgar Morin, sino también una cualidad de su trayectoria personal.

La obra debe, en consecuencia, ser entendida no sólo en términos de su contenido sino del proceso productor. Es sobre ese proceso que Morin ha meditado muchas veces en un intento de plantear la forma oculta de su búsqueda, una búsqueda que, como todos los destinos humanos, como lo pensaba Jorge Luís Borges, es una configuración única, diseñada tal vez por los pasos que cada uno de nosotros urde en un laberinto incalculable, y condensable en una cifra secreta, al que a veces creemos vislumbrar (como Einstein pensaba que pasa, ocasionalmente, con el sentido de lo humano) pero nunca logramos capturar plenamente. En Morin su producción teórica no es nunca un intento de ser un logro acabado, sino más bien un proceso que, en su devenir mismo, marca un rumbo cognitivo en el que somos invitados a participar.

La búsqueda lo lleva a descubrir nuevas realidades como el surgimiento de los procesos sociales derivados de la evolución de los sentimientos nacionalistas, analizando a partir de esta realidad su relación con el pasado y el futuro, incluyendo en ello las preocupaciones éticas como un estado activo que evoluciona en sí misma y como un proceso social que se actualiza en cada aventura que realiza el hombre.

Unido a la anterior, surge el interés sobre el tema de la muerte desde una perspectiva múltiple, que va de lo biológico a lo mitológico. La experiencia de la guerra, la resistencia y las imágenes del hundimiento alemán juegan, quizás, un papel en ese interés. Es éste, tal vez, el primer ejercicio de articulación de nociones provenientes de disciplinas diversas para abordar un tema que le permite establecer puentes entre lo humano, en el ámbito biofísico, con los niveles antropológicos y psico-mitológicos. Lo social se abre, por una parte, al cuerpo en su materialidad física y, por la otra, a lo imaginario en sus expresiones individuales (psicológicas en sentido tradicional) y sociales mitológicas.

La relación, difícil de abarcar en términos tradicionales, entre lo imaginario y lo real, que ya fuera centro de su interés en su estudio sobre la muerte, que lo integra al mundo de las imágenes, de las formas y de la realidad visual, característico del hombre contemporáneo, proveniente del mundo de las artes que integra perspectivas múltiples, no sólo social y antropológica, sino también mitológica, apareciendo como una oportunidad para estudiar lo mítico en su hacerse, como mitopoiesis, y no sólo como producto terminado y económico-cultural como producto de consumo de una sociedad de masas.

Uno de los campos más prolijos de toda el ejercicio intelectual de Morin, se centra en el problema del conocimiento, y es a partir del estudio del método, en esa búsqueda de estrategias viables para un pensar complejo físico-bioantropológico desde una perspectiva científico-filosófico-literaria, que permita una praxis ética en el campo, tanto del conocimiento académico como de la praxis social.

El diálogo estimulador del pensamiento que Morin propone a todos los que, ya sea desde la cátedra o los ámbitos más diversos de la práctica social, desde las ciencias duras o blandas, desde el campo de la literatura o la religión, se interesen en desarrollar un modo complejo de pensar la experiencia humana, recuperando el asombro ante el milagro doble del conocimiento y del misterio, que asoma detrás de toda filosofía, de toda ciencia, de toda religión y que una a la empresa humana en su aventura abierta hacia el descubrimiento de nosotros mismos, nuestros límites y nuestras posibilidades. He aquí su importancia académica.

## 1. La crisis del pensamiento contemporáneo

Para Edgar Morin hay una “crisis contemporánea del conocimiento”. Nuestra época tan fecunda en conocimientos es al mismo tiempo trágica para el conocimiento. Y ello porque es trágica para la reflexión. La cultura humanista es escasa en reflexión que alimente la realidad misma del hombre “porque su molino que ya no recibe el grano de los conocimientos científicos, ahora gira en el vacío y sólo puede agitar al viento”<sup>1</sup>. Por su parte, la cultura científica dedicada más a un conocimiento cuantitativo a la vez que parcelarizado y disjunto, no se alimenta de la reflexión.

La ciencia ha realizado enormes progresos en la producción de conocimiento, pero los progresos mismos de la ciencia más avanzada, como la física, nos acercan a un algo desconocido que desafía nuestros conceptos, nuestra lógica, nuestra inteligencia, planteándonos el problema de lo incognoscible, que se aleja a nuestro ámbito de comprensión, que se caracterizaba en la modernidad como el dominio de la razón sobre lo imaginario, lo especulativo y mágico, ahora “nuestra razón, que nos parecía el medio más seguro de conocimiento, descubre que hay asuntos todavía sin resolver”<sup>2</sup>.

La noción de conocimiento es diversa, no puede reducirse a una sola noción, a una realidad, a un solo campo, porque además, todo conocimiento contiene necesariamente: a) una competencia (aptitud para producir conocimiento); b) una actividad cognitiva (cognición) que se efectúa en función de esta competencia; c) un saber (resultante de estas actividades). Las competencias y actividades cognitivas humanas necesitan un aparato cognitivo, el cerebro, que es una formidable máquina bio-físico-química, cerebro que necesita la existencia biológica de un individuo; las aptitudes cognitivas humanas sólo pueden desarrollarse en el seno de una cultura que ha producido, conservando y transmitiendo un lenguaje, una lógica, un capital de saberes, de criterios de verdad. Es en este marco donde el espíritu humano elabora y organiza su conocimiento utilizando los medios culturales de que dispone. Por último, en toda la historia humana, la actividad cognitiva se ha visto en interacciones a la vez complementarias y antagonistas con la ética, el mito, la religión, la política y el poder con frecuencia ha controlado al saber para controlar el poder del saber, y como afirma Morin:

“De este modo, todo evento cognitivo necesita la conjunción de procesos energéticos, eléctricos, químicos, fisiológicos, cerebrales, existenciales, psicológicos, culturales, lingüísticos, lógicos, ideales, individuales, colectivos, personales, transpersonales e impersonales, que se engranan unos en otros.

1 MORIN, Edgar. El Método IV. Las Ideas. Madrid: Cátedra, 1991.

2 MORIN, Edgar. El Método. El conocimiento del conocimiento. Madrid: Cátedra, 1986.

El conocimiento es sin duda un fenómeno multidimensional en el sentido de que, de manera inseparable, a la vez es físico, biológico, cerebral, mental, psicológico, cultural, social”<sup>3</sup>.

Sin embargo, este fenómeno multidimensional es roto por la misma organización de nuestro conocimiento, en el seno de nuestra cultura, de hecho, la gran disyunción entre ciencia y filosofía ha provocado una escisión entre el espíritu y el cerebro, dependiendo el primero de la metafísica y el segundo de las ciencias naturales, y, además, los imbricados sistemas disciplinares impuestos por la racionalidad occidental han separado y dispersado toda forma de comprensión de la realidad del hombre, del mundo y de su espíritu. Existen separaciones en las ciencias, como en las ciencias físicas, en las ciencias biológicas, en las ciencias humanas, en la misma filosofía y entre filosofía y ciencia. “Cada uno de estos fragmentos separados ignora el rostro global del que forma parte”<sup>4</sup>.

Es así, pues, como la disyunción y el parcelamiento de los conocimientos afecta no sólo a la posibilidad de un conocimiento del conocimiento, sino también a nuestras posibilidades de conocimiento acerca de nosotros mismos y el mundo. En efecto, la reflexión filosófica apenas se alimenta ya de los conocimientos adquiridos por la investigación científica, la cual no puede reunir sus conocimientos ni reflexionarlos. El encerramiento de las comunicaciones entre ciencias naturales y ciencias humanas, la disciplinariedad cerrada, apenas corregida por la insuficiente interdisciplinariedad, el crecimiento exponencial de los saberes separados hacen que cada cual, especialista o no, ignore cada vez más el saber existente. Lo más grave es que semejante estado de cosas parece evidente y natural.

Como vivimos la época más exaltante, sin duda, para el progreso del conocimiento, la fecundidad de los descubrimientos, la elucidación de los problemas, difícilmente nos damos cuenta de que nuestras ganancias de conocimiento se pagan con ganancia de ignorancia. La universidad y la investigación han encerrado el saber, o han producido la mutilación del saber o tal vez han caído en un oscurantismo, que se asemeja a la época de la edad media, reducida al campo de la teología.

Ganancia de saber, oscurantismo, disyunción y separación, un poder incontrolado, parece que remite a un saber contemporáneo más bien confundido y confuso. Pero a la vez que sucede esto también entramos en nuestra época en la “crisis de los fundamentos del conocimiento”. La crisis empezó con la filosofía, cuyo evento clave en el siglo XIX fue la puesta en crisis de la idea de fundamento que la crítica kantiana<sup>5</sup> le retirara al entendimiento la posibilidad de alcanzar las “cosas en sí”<sup>6</sup>, Nietzsche anunció, de forma mucho más radical, la ineluctabilidad del nihilismo,

3 MORIN, Edgar. El Método

4 Ibid, p 20-21

5 GARCÍA MORENTE, Mario. Trad. Emmanuel Kant. Crítica del Juicio. Madrid: Espasa Calpe, 1984.

6 HEIDEGGER, Martín. Introducción a la metafísica. Buenos Aires: Nova.1960.

---

en el siglo XX Heidegger puso en duda el fundamento de los fundamentos, la naturaleza del ser, y su indagación se consagró a la problemática de un “fundamento sin fondos”<sup>7</sup>.

“La filosofía contemporánea se dedica a partir de ahí menos a la construcción de sistemas sobre fundamentos seguros que a la deconstrucción generalizada y a la radicalidad de un cuestionamiento que relativiza todo conocimiento”<sup>8</sup>.

Por el contrario, en el curso del siglo XIX y comienzos del XX, la ciencia no deja de verificar que había encontrado el indubitable fundamento empírico-lógico de cualquier verdad. Sus teorías parecían emanar de la realidad misma, vía la inducción, la cual legitimaba las verificaciones y confirmaciones empíricas como prueba lógica y las amplificaba como leyes generales. Al mismo tiempo, el armazón lógico-matemático que aseguraba la coherencia interna de las teorías verificadas parecía reflejar las estructuras mismas de lo real. En estas condiciones, un grupo de filósofos y científicos, deseosos de acabar para siempre con la palabrería pretenciosa y arbitraria de la metafísica, se propuso transformar la filosofía en ciencia, fundando todas sus proposiciones sobre enunciados verificables y coherentes. De este modo el Círculo de Viena (1925-1936) pretendió fundar la certidumbre del pensamiento en el “positivismo lógico”<sup>9</sup>. Una empresa correlativa fue llevada a cabo por Wittgenstein en el plano del lenguaje y por Hilbert en el plano de la axiomatización de las teorías científicas<sup>10</sup>.

Popper demostró que la “verificación” no bastaba para asegurar la verdad de una teoría científica. De hecho, las teorías verificadas se sucedían sin que ninguna pudiera adquirir la infalibilidad para siempre e invirtiendo la aparente evidencia según la cual la teoría científica aportaba la certeza, Popper<sup>11</sup> reveló que, por el contrario, lo propio de la científicidad de una teoría es el “falibilismo”.

---

7 VATTIMO, Guisido. Introducción a Heidegger. Barcelona: Gedisa, 1986

8 MORÍN, E. Op.Cit, 22.

9 En 1929 se publicó, firmado por Neurath, Hahn y Carnap, el <manifiesto> del Círculo Vienés: La concepción científica del mundo. Las líneas esenciales del programa neopositivista, expuestas en el escrito programático antes citado, eran las siguientes: 1) Constitución de una *Einheitswissenschaft*, una ciencia unificada, que abarcara todos los conocimientos proporcionados por la física, las ciencias naturales, la psicología, etc. 2) el medio para lograr dicho propósito debía consistir en el uso del método de análisis lógico elaborado por Peano, Frege, Whitehead y Russell; 3) los resultados de la aplicación de ese método al material de las ciencias empíricas permitirían augurar: a) la eliminación de la metafísica; b) una clarificación de los conceptos y de las teorías de la ciencia empírica, así como de los fundamentos de la matemática. Ver: Puede ampliarse esta presentación del desarrollo de las ciencias y sus implicaciones filosóficas en el siglo XX. (REALE & ANTISERI. 1995).

10 REALE, G. & ANTISERI, D. Historia del pensamiento filosófico y científico. Tomo III. Herder, Barcelona 1995. P 22 – 23.

11 SUÁREZ IÑOGUEZ, Emilio. La filosofía de la ciencia de Karl Popper. En: Revista Mexicana de Ciencia Políticas y Sociales. México. No. 159, (Ene-Mar. 1995). P 9 - 32.

Si no hay un fundamento cierto para el conocimiento, evidentemente tampoco lo hay para el conocimiento del conocimiento. “El conocimiento no es insular, es peninsular y, para conocerlo, es necesario volverlo a unir al continente del que forma parte”<sup>12</sup>. En este sentido ya no es posible fijarle hoy límites al conocimiento. Un saber encerrado en una parcela del conocimiento no sólo no se comprende sino que difícilmente alcanza resultados o es capaz de comprender la realidad. Un currículo no puede ser un saber fragmentado en cursos o asignaturas. El currículo debe reflejar y mostrar la complejidad del conocimiento.

Existe una reflexividad permanente entre ciencia y filosofía. El esfuerzo por encontrar un fundamento del conocimiento no ha dejado de preocupar a la investigación filosófica. Pero el conocimiento del conocimiento sólo emergió como problema fundamental con la “revolución copernicana” de Emmanuel Kant que hizo del conocimiento el objeto central del conocimiento.

El problema de las posibilidades y límites del conocimiento ha dejado de limitarse desde hace un siglo al terreno únicamente filosófico, como lo indican los desarrollos de las neurociencias, las psicologías cognitivas y, en sus contextos propios, las historias y sociologías del conocimiento.

Los asuntos que tienen que ver con el conocimiento, el aumento del conocimiento y el conocimiento del conocimiento, son tanto científicos como filosóficos. “El conocimiento del conocimiento debe llegar a ser, con toda legitimidad, científico al ciento por ciento, al objetivizar al máximo todos los fenómenos cognitivos. Pero al mismo tiempo debe y puede seguir siendo filosófico al ciento por ciento”<sup>13</sup>.

Frente a lo anterior, no se puede definir filosofía y ciencia en función de dos polos opuestos del pensamiento: la reflexión y la especulación para la filosofía, la observación y la experiencia para la ciencia. Pero sería vano creer que en la actividad científica no hay reflexión ni especulación, o que la filosofía desdeña por principio la observación y la experimentación, aspectos inconcebibles en un mundo imbricado y articulado desde diferentes dimensiones que requieren la relación y colaboración de los sistemas que tratan de explicar la realidad, independiente de su estatuto epistemológico, o de la autoridad que lo acompaña.

Es importante constatar, que después de la disyunción entre ciencia y filosofía, a partir de la modernidad, del supuesto triunfo de la razón impartida por los ilustrados, la comunicación nunca fue cortada del todo, únicamente fue estrechada. Siempre hubo una reflexión filosófica sobre la ciencia, renovada en cada generación de manera original, siendo la filosofía analítica anglosajona la última en el tiempo, siempre hubo en algún lugar entre los filósofos el deseo de que la filosofía se convirtiera en el “saber del saber científico, su conciencia de sí”, en consecuencia, podemos

---

12 Morín E., Op.Cit, 27.

13 Ibid, p. 28.

---

afirmar como lo hace Morin, que “de hecho las grandes cuestiones científicas se han vuelto filosóficas porque las grandes cuestiones filosóficas se han vuelto científicas”<sup>14</sup>.

La razón al convertirse en algo providencial, introduce rasgos de la estructura religiosa: es la fe en la idea de que la razón es salvadora. Es la divinización de la razón, el culto a la diosa razón. Y es así como se llega al racionalismo, doctrina que afirma que el universo obedece a la razón y todo se identifica con el orden determinista: No puede haber misterio en el universo que escape a la razón, que se vuelve arrogante y excéntrica.

Además, cuando la filosofía intenta constituirse como ciencia, con el modelo de la ciencia clásica, como ocurrió con la corriente del Círculo de Viena, renace el corte fundamental entre esta filosofía científicista y objetivista, que ha perdido la problemática filosófica, y la otra filosofía, que se concentra tanto más se cierra sobre la intuición, la experiencia interior, la reflexión, la especulación. Así, la filosofía sigue siendo impotente para concebir la filosofía. “En el estado actual, la filosofía por sí sola y la ciencia por sí sola son insuficientes para conocer el conocimiento”<sup>15</sup>. Los filósofos ya no pueden pretender tratar por sí solos los problemas del espíritu y el conocimiento ha dejado de ser un problema sólo para filósofos. Saber establecer esa relación entre ciencia y filosofía, en relación con el conocimiento, será tarea difícil, de todos modos se trata de dos caras diferentes y complementarias de lo mismo: el pensamiento.

En una “biología del conocimiento” Edgar. Morin puede afirmar que “el problema del conocimiento se encuentra en el corazón del problema de la vida”<sup>16</sup>. Idea que no quiere caer en una concepción “biologista” que se opondría a una concepción “filosófica” del conocimiento. De hecho, el problema del enraizamiento vital del conocimiento se planteó en el corazón de la filosofía. Dilthey decía que los procesos fundamentales del conocimiento están en la vida y que el pensamiento no puede ir más allá. Husserl pensaba que los conceptos, ideas, enunciados del sujeto conciente tienen sus raíces en el Lebenswelt, mundo de la vida. Piaget, por su parte, intentó la aventura interrogando a la biología.

Frente a lo expuesto anteriormente, podemos afirmar que el conocimiento está en crisis. El edificio de la ciencia está montado sobre pilares precarios que se hunden en el lodo. Ha reinado un pensamiento cuadrado que se debe desfundamentar para dar cabida a otras formas de conocer, donde se puede concluir que las teorías científicas son biodegradables, que mutan y, por tanto, para sobrevivir debe adaptarse a las nuevas exigencias del conocimiento en esa producción de saberes, pues vivimos una inversión de las ciencias.

---

14 Ibid, p. 29.

15 Ibid, p. 30.

16 Ibid, p. 45.



Ante esta crisis o debilitamiento de los grandes metarelatos que nos vendió la modernidad o nos hizo creer como discursos verdaderos, olvidando las dimensiones que hacen parte del mundo, del hombre y del conocimiento, debemos comprender que todo lo que hace el hombre es a la vez biológico, psicológico y social, por tanto, es necesario volverlo sensible por medio de la articulación de todo el campo del conocimiento, es decir, de las ciencias físicas, biológicas y antropológicas.

De aquí surge la posibilidad de un conocimiento global que incluya la historia, geografía, política, sensibilidad, comprensión, amor, sociología, para entender lo que sucede en nuestro interior, para comprender mejor lo que sucede en nuestro alrededor, por tanto, necesitamos un conocimiento autopoietico, que deconstruya lo caduco para dar vida a la poiesis de la creación.

## CONCLUSIONES

Para finalizar, la propuesta de Edgar Morin, no está en fundar nuevas ideologías o partidos, se trata de hacernos preguntas, muchas preguntas desde nuestra propia condición como seres psico-físico-sociales, que nos permita interrogar a todos los que piensan sobre la realidad humana, donde hay una infinidad de propuestas que otros también formulan con mayor o menor fuerza, que se trasladan a una serie de conceptos donde se alojan definiciones que estamos acostumbrados a ver separadas en sus propios casilleros disciplinares, por ende, la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad de los sujetos cognoscentes permitirán que se desarrollen modos de articulación y funcionamiento que puedan servir al intento urgente de la conservación y el desarrollo de la vida.

Los problemas de investigación siempre tendrán alguna relación con problemas sociales y estos son siempre problemas culturales, porque tienen que ver con los mundos que construimos en la convivencia. Por eso, la solución de cualquier problema social –problema de investigación– siempre pertenece al dominio de la ética, es decir, al dominio de seriedad en la acción frente a cada circunstancia que parte de aceptar la legitimidad de todo ser humano, de todo otro, en sus semejanzas y diferencias.

No podemos prescindir del conocimiento que determina nuestro acontecer en el mundo, debemos por tanto adaptarnos, interiorizarlo y hacerlo asequible al hombre de hoy, sin parcializaciones, ni conocimientos fragmentados, mirados desde la polaridad de los discursos dominantes, entre lo que es cuantitativo y cualitativo, que desgastan y aniquilan esa nueva mirada del hombre hacia sus saberes, que son un legado de la humanidad para el hombre del mañana.

---

## **BIBLIOGRAFÍA**

GARCÍA MORENTE, Mario. Trad. Emmanuel Kant, *Crítica del Juicio*. Madrid: Espasa Calpe, 1984. 415 p.

HEIDEGGER, Martin. *Introducción a la metafísica*. Buenos Aires: Nova, 1960. 240 p.

MAFFESOLI, Michel. *Postmodernidad: Las criptas de la vida*. En: *Espacio Abierto*, 13 (3), Disponible en: < <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/122/12213307.pdf> > <consulta 29 de octubre de 2006>

MORIN, Edgar. *El Método. El conocimiento del conocimiento*. Madrid: Cátedra, 1986. 263 p.

\_\_\_\_\_. *El Método. Las Ideas*. Madrid: Cátedra, 1991. 267 p.

PANIAGUA SOTO, José Luis. *El Poder de la Imagen*. Barcelona: Salvat, 1978. 110 p.

REALE, Giovanni y ANTISERI, Darío. *Historia del pensamiento filosófico y científico*. Tomo III. Barcelona: Herder, 1995. 1015 p.

SUÁREZ IÑOGUEZ, Emilio. *La filosofía de la ciencia de Karl Popper*. En: *Revista Mexicana de Ciencia Políticas y Sociales*. México. No. 159. (ene-mar. 1995). p. 9 - 32

VATTIMO, Guisido. *Introducción a Heidegger*. Barcelona: Gedisa, 1986. 183 p.